

ESTUDIO MONOGRÁFICO DE LOS GIRASOLES CIEGOS, DE ALBERTO MÉNDEZ BORRA

Los girasoles ciegos es un libro de relatos, cuatro en total, publicado por vez primera en 2004. Su autor, Alberto Méndez, tenía 63 años cuando ve publicada esta primera obra y muere once meses después sin apenas saborear el éxito que tras su muerte tendría el libro. El libro consigue primeramente, y en vida de su autor, el Premio Setenil de relatos y posteriormente (ya fallecido Alberto Méndez) los importantes Premios de la Crítica y Nacional de Narrativa. Pendiente quedó el Premio del Gremio de Libreros de Madrid, ya que éste sólo se concede a autores vivos.

Alberto Méndez Borra nació en Roma en 1941. Su padre, el poeta y traductor, José Méndez Herrera, trabajaba en aquel momento en la ciudad italiana para la FAO. Alberto Méndez, hombre de izquierdas, (milita en el Partido Comunista hasta 1982) estuvo siempre vinculado, de una u otra manera, al mundo de la edición. En su lucha contra el franquismo crea, entre otras, la editorial política “Ciencia Nueva” que clausura Manuel Fraga Iribarne en su época de ministro de la dictadura franquista. Asimismo, llega a ser un alto ejecutivo de la editorial Montena y se dedica a labores de guionista (colaboró en programas dramáticos de RTVE y fue guionista con Pilar Miró) y traductor a veces en solitario y otras en compañía de su hermano Juan Antonio.

Los girasoles ciegos es un libro de cuentos articulado a lo largo de cuatro historias- cuatro derrotas, dice el autor- que transcurren entre el período quizá más duro de la posguerra, que va desde 1936 a 1942, y que siendo totalmente independientes están hábilmente entrelazadas entre sí. Sus personajes son seres vencidos. Seres que se encuentran en un camino sin retorno recorriendo una senda de dolorosa entrega e ignorantes de en qué momento su ya maltrecha existencia dará de bruces contra el polvo.

El primer relato, o primera derrota, nos habla del capitán Alegría. Oficial del ejército fascista, Carlos Alegría se rinde a los republicanos cuando las tropas golpistas están entrando en Madrid. Postura que, lógicamente, no es entendida por ninguno de los dos bandos, pero que el oficial explica que toma, entre otras muchas razones aparentemente arbitrarias, porque sus correligionarios no querían ganar la guerra, sino matar al enemigo. Su entrega le acallará la mala conciencia de haber sido miembro de un ejército que, para vencer, ha tenido que cometer tantas atrocidades y crímenes.

La segunda derrota, quizá el relato más logrado y sobrecogedor de los cuatro, nos cuenta el breve periplo de un joven poeta que huye de los vencedores hacia las montañas asturianas en compañía de su mujer embarazada. En medio de la soledad y el frío la muchacha da a luz a un niño y muere tras el parto. A través de un diario íntimo, donde el adolescente deja escrito su miedo, se nos va poniendo en antecedentes de la vana lucha que emprende el joven padre para salvar la vida de su hijo.

El tercer relato, o tercera derrota, gira alrededor del soldado republicano Juan Serna. Cuando el presidente del tribunal que debe juzgarle y su mujer se enteran de que el soldado enemigo conoció y vio morir a su hijo (un ser abyecto que fue fusilado por sus múltiples delitos) le conminan a que hable y hable sobre ese hijo. Intentando arañar unos días más a la existencia, convierte al joven traidor en el héroe que quieren los padres. Mas la impostura pronto le asquea y cuenta la verdad. Verdad que indefectiblemente le llevará a la muerte.

La historia, o la cuarta derrota, que cierra el libro transcurre en la opresiva vida cotidiana del nuevo régimen. En ella se habla de Ricardo. Un “topo” al que toda la

familia protege entre miedos y silencios. Desde el armario en el que vive encerrado contempla impotente y horrorizado el acoso libidinoso que sufre su mujer por parte de un diácono, profesor del hijo del matrimonio. El final es dramático y desolador y conduce a Ricardo a la muerte.

Los girasoles ciegos es un libro de cuentos peculiar porque de entre las diversas maneras en que puede organizarse un volumen de cuentos, el autor opta por la que quizá fuera la más compleja, la que denominamos "**ciclo de cuentos**". En estos libros de relatos, las piezas, aunque mantengan su valor independiente, aparecen asimismo trabadas, generando otra unidad de sentido distinta. Y esto se manifiesta en varios niveles de lectura, desde la **configuración e incluso identidad de los personajes de los relatos, hasta el tema central de cada uno de ellos o incluso, la presencia de diferentes motivos** que se repiten insistentemente en cada una de las historias. Así, el capitán Alegría, protagonista del primer relato forma parte de la realidad de Juan Serna, protagonista, a su vez, del tercer relato; y Elena, la joven embarazada del segundo cuento que muere tras el parto de su hijo Rafael es, con toda seguridad, la hija perdida de Ricardo y Elena, que protagonizan el último cuento. Por otra parte, en *Los girasoles ciegos* se narran cuatro historias de horror y desolación, en las que se ahonda en las razones de la derrota, no en vano los subtítulos de los cuentos aluden a ella (primera, segunda, tercera y cuarta derrota). Son relatos para activar la memoria, contra el olvido, y en defensa de la idea de que en una guerra entre hermanos, al fin y a la postre, todos son perdedores. Quizá por ello los personajes a los que se les proporciona voz, siempre seres anónimos, aparezcan desorientados, perdidos, como los "girasoles ciegos" del título, como el Hermano Salvador de la última pieza del conjunto. La cita inicial de Carlos Piera nos incita a *asumir* la historia, a no olvidarla, a cumplir con el correspondiente *duelo* que supone el reconocimiento público. Finalmente, como indicábamos más arriba, hay algunos motivos comunes en los relatos: quizás, el que más llama la atención es el *silencio*, que rodea a todos los personajes y que finalmente estalla de forma trágica; o la *muerte* física y violenta, precedida por una muerte espiritual, más terrible aún que la anterior; o la condición de *intelectuales* de sus protagonistas, todos ellos hombres de paz y de letras (un abogado, un poeta, un músico y un profesor), condenados a morir por lo que piensan.

Por lo demás, ***cada cuento tiene su propia identidad, propiciada por un estilo y forma de narrar diferente en cada caso***. El primero de los relatos, titulado *Si el corazón pensara dejaría de latir*, adopta desde el principio el carácter de **crónica**, de historia sabida y comentada a posteriori. El narrador se esconde tras una primera persona del plural de modestia para contar y comentar unos hechos conocidos que permiten suponer una investigación seria del caso narrado y que se apoya en el empleo de citas, procedentes de cartas escritas por el protagonista a su novia o a su profesor de Derecho o en testimonios aportados por diferentes personas o, incluso, el acta del juicio en el que se condena a muerte al capitán Alegría por traidor y criminal. Es un relato paradójico, que deja constancia de ello ya en el título del mismo (sentimiento/razón) y que se refuerza en la personalidad del protagonista, que decide rendirse en el momento en que ha ganado la guerra o en el propio estilo empleado por el narrador, envuelto en paradojas con las que intentar dar un sentido al sinsentido de la guerra civil española.

En el segundo cuento, *Manuscrito encontrado en el olvido*, la apariencia de realidad se consigue por un medio distinto: esta vez, se trata de un diario escrito en primera persona, encontrado por un supuesto editor, que se permite comentar de vez en cuando la caligrafía o las ilustraciones, para dar una imagen de autenticidad; está

enmarcado, además, por unas notas del editor que hablan acerca del autor del mismo. A través de este diario asistimos a los últimos meses de vida de un joven de 18 años, que tras la guerra tiene que huir con su compañera embarazada. Su único delito: escribir y ser poeta republicano. Sus palabras manifiestan quizás más que en ningún otro caso, la ira, el dolor, la rabia e impotencia que provoca la derrota.

El tercer relato, *El idioma de los muertos*, es contado por un narrador omnisciente, que comienza su narración *in media res* desde el punto de vista de Juan Senra, el protagonista, y que intercala de vez en cuando fragmentos de cartas escritas por él a su hermano, dando cuenta del desorden interior del mismo y de su progresiva desesperanza.

El último relato, que da nombre al libro, *Los girasoles ciegos*, da cabida a diferentes narradores, cuya identidad, al margen del contenido de sus intervenciones, queda clara desde el principio por la tipografía empleada -cursiva, negrita, regular-. Por orden de aparición, el primero de los narradores es un sacerdote, el hermano Salvador, que escribe en primera persona y de forma epistolar su visión de los hechos; lo hace a modo de confesión a otro sacerdote de jerarquía superior con el fin de justificar su salida del sacerdocio y de liberarse del terrible sentimiento de culpa que lo invade. El segundo narrador es ya un hombre que escribe también en 1ª persona en un tiempo lejano a los hechos, y que se mueve en el terreno de los recuerdos. Tiene un papel principal en la historia narrada ya que es el puente de unión entre los diferentes personajes del relato. Finalmente, el tercer narrador es un narrador omnisciente que escribe en 3ª persona y completa el contenido de la fábula. Asistimos, pues, a una técnica perspectivista que contribuye a una visión más amplia de los acontecimientos.

Es, por tanto, un libro interesante que abarca distintas formas de abordar el hecho narrativo, la forma de contarlo y la manera de acercarse a la historia.